DON VICTOR ROSALES.

Fué Mariscal de campo, el primer Congreso lo declaró benemérito de la patria, y su nombre es muy conocido, y no obstante esto, no se ha llegado á escribir su biografía, pues una que publicó un semanario extranjero no merece tal nombre, y el señor Don Francisco Sosa, que la reprodujo en su Anuario, buen cuidado tuvo de hacerlo constar así, agregando que no tuvo los datos necesarios para hacer una verdadera biografía.

Nació, según la opinión más general, en Zacatecas, y dícese que en 1776. Las noticias del semanario aludido dicen que en su tierra natal estudió gramática y filosofía bajo la dirección de un sacerdote, y que fué enviado á la capital para que siguiera la carrera de jurisprudencia; ya aquí, continuó sus estudios, aprendió el idioma mexi-

cano y tuvo que interrumpir sus estudios debido á un enojoso incidente, el que no narramos por ser á todas luces falso. Expulsado del colegio entró como dependiente á una tienda, y en 1808 tuvo que huir por haber tomado parte en la conspiración de Flores Verdad.... esto es un tejido de embustes, pues ni hubo tal conspiración, ni Rosales tomó parte en ella.

Lo único de positivo que se sabe, es que Rosales se encontraba en Zacatecas en 1810, y que allí tomó parte en los trastornos habidos en Noviembre de ese año, incorporándose al ejército independiente; su nombre empieza á sonar cuando Rayón se retiró del Saltillo. Uno de los jefes que lo acompañaban era Don Víctor Rosales, que se batió en el Puerto de Piñones y recibió el encargo de adelantarse en unión de Don Juan Pablo Anaya, á reconocer las defensas de Zacatecas; entró á la ciudad después de la victoria de Torres, y cuando el jefe insurgente decidió seguir su camino para Michoacán, dejó á Rosales en la ciudad, con orden de sostenerse hasta el último extremo y salir en dirección á Jerez, pues quería engañar á Calleja; no cumplió aquél con las órdenes recibidas, sino que apenas alejado su jefe de Zacatecas envió comisionados al General español para que tratasen del indulto de todos los que estaban en la plaza. Aunque Calleja lo otorgó de buen grado, hizo fusilar á diez y ocho indivi-

duos. Rosales entregó diez piezas de artillería y una porción de lanzas y municiones, así como una cantidad de barras de plata, que no se sabe por qué las dejó Rayón. Este hecho de Rosales llama tanto la atención, que á nosotros nos ha hecho dudar acerca de la identidad del personaje que lo verificó y sólo después de mucho vacilar hemos convenido en que Don Víctor Rosales el indultado de Zacatecas era el mismo Mariscal que siguió después en las banderas de la insurrección y murió valientemente en Ario; así mismo nos llama la atención que nunca Rayón le reprochase, al menos públicamente, la entrega de Zacatecas y su indulto, y que todos los contemporáneos guardasen silencio acerca de esos hechos. También es de fijarse en la circunstancia de que se ignora quién fué el que concedió á Rosales el elevado grado de Mariscal de campo, que no parece que lo usara al principio, sino cuando volvió á tomar parte en la revolución.

Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que el nombre de Rosales no vuelve á figurar en la historia durante el resto del año de 1811, ni se vé entre los de los jefes que acudieron á sancionar el establecimiento de la Junta de Zitácuaro y que ofrecieron sostenerla; hasta Octubre de 1812 es cuando se vuelve á leer su nombre y se le encuentra en Uruápan al lado del Dr. Verduzco; no obstante disponer él y otros jefes de unos

mil hombres, huyeron ante Negrete, dejándole siete cañones y bastantes armas y municiones; pocos meses después concurrió á la gran reunión de Ario, donde al decir de Bustamante se congregaron veinticinco mil insurgentes bien armados que decidieron atacar la ciudad de Valladolid, (Enero de 1813); fué aquel ataque tan desgraciado como los demás, y los diferentes jefes independientes se dispersaron por diferentes rumbos. Rosales, cuya división sufrió mucho por haber estado en la garita de Santa Catarina, que fué uno de los puntos donde más se combatió, se retiró de la provincia y no paró sino hasta la de Zacatecas, que era la que mejor conocía.

En veinte de Marzo de ese mismo año y al frente de tres mil hombres, (según la versión realista), de los que cien iban bien armados, atacó en la Ciénega de Gallardo á la partida de Terán, que aunque se defendió bien, fué rechazada después de hora y media de combate, en el que este jefe sufrió serias pérdidas; la falta de municiones impidió al insurgente apoderarse de Aguascalientes; sin embargo, envalentonado con este triunfo se reunió con los jefes González, Hermosillo, Carranza y los Segura, amenazando aquella ciudad; fué preciso que Cruz enviase la división de Negrete, el que llevando como segundo al Teniente Coronel Don Manuel Iturbe, batió á los independientes el 13 de Abril en los Salados, punto cer-

cano al pueblo del Rincón; los independientes sólo perdieron dos fusiles y se retiraron en buen orden. Disgregadas esas partidas, Rosales quedó con poca gente y tuvo que dejar pasar algunos meses antes de reanudar sus correrías: hasta Septiembre de ese mismo año de 1813 volvemos á encontrar su nombre, esta vez atacando á Zacatecas, en virtud de las inteligencias que tenía dentro de la plaza; no obstante esto, ó era muy confiado Rosales, ó tenía plena seguridad de ser bien recibido, pues ese ataque fué muy atrevido, por las razones que vamos á exponer.

Un religioso mercedario, Fray J. Porras, que estaba en correspondencia con Rosales, le hizo creer que en el momento que se presentara en la población se le uniría la tropa allí existente, y le ofreció marchar por delante para preparar la entrada, pero lo que hizo fué quedarse en una hacienda inmediata á Zacatecas; cansado Rosales de esperar, dejó el grueso de su tropa, que apenas llegaba á 250 hombres, en las goteras de la ciudad, y con sólo cincuenta penetró, sorprendiendo al Comandante Irizarri, que tuvo que retirarse hasta el cuartel de los Urbanos, dejando dos cañones; no era posible, sin embargo, que con tan poca fuerza se sostuviera Rosales en la ciudad, así es que atacado por las fuerzas de Nafarrate tuvo que abandonarla, perdiendo los dos

cañones de que se había apoderado y quedando su pequeño ejército en completa dispersión. Refiere Bustamante que en esa acción de Zacatecas llevaba consigo á un pequeño hijo suyo, con el fin precisamente de libertarlo del poder de los realistas; el jovencito no pudo seguir á su padre en la retirada y cayó en poder de los realistas, quienes lo llevaron á la ciudad, donde lo azotaron cruelmente, lo ultrajaron hasta lo sumo y en camilla tuvieron que llevarlo al lugar donde lo fusilaron. Acaso se explique el atrevido ataque dado por Rosales al deseo de sacar á su hijo de la ciudad, donde estaba preso, como Villalongín hizo con su esposa en Valladolid. De todos modos, si el hecho es cierto, demuestra no sólo crueldad, sino ferocidad.

Después de esta acción no se vuelve á saber del insurgente en muchos meses, ya sea porque estuviese enfermo, herido, ó porque no pudiese reunir un nuevo ejército ó partida; ni siquiera concurrió al asalto que en 23 de Diciembre dió Morelos á Valladolid, y esta circunstancia indica la connivencia en que estaba con Rayón para no ayudar al Cura de Nocupétaro, ó la independencia con que obraba en sus correrías. Hasta un año después, en Octubre de 1814, no se vuelven á encontrar sus huellas: unido al Brigadier Rosas y á Matías Ortiz, rechazó á Galdamez, que con quinientos hom-

bres marchaba en auxilio del Real de Pinos, y ocupó el pueblo, donde permaneció poco tiempo. Retirado á las montañas de Zacatecas, á donde no mandaba perseguirlo García Conde, sólo de tarde en tarde bajaba á las poblaciones, como lo hizo en Julio de 1815, en que unido con los Pachones, Rosas, Ortiz, el padre Torres y otros, consiguieron los insurgentes formar una respetable división que se situó en Rincón de Ortega, amenazando Zacatecas y Aguascalientes; Orrantia y Castañón los atacaron y se dió el 24 una reñida acción en la que los beligerantes tuvieron numerosas pérdidas. A consecuencia de esta batalla, el Capitán Brilanti persiguió tan activamente á Rosales, que éste juzgó prudente salir de la provincia y retirarse á Michoacán, donde la mayor fragosidad del terreno hacía que los insurgentes fuesen menos perseguidos.

Llegó allí en la época en que éstos se encontraban profundamente divididos. El Congreso de Chilpancingo había emigrado para Tehuacán, dejando una Junta subalterna que por el lugar donde se estableció fué llamada de Taretan, á la que no obedecían gran cosa los jefes de Michoacán; sin embargo, iba viviendo y hubiera existido algún tiempo, si el Mariscal Don Juan Pablo Anaya, devoto de Rayón, y, por lo mismo, enemigo de ella y del Congreso, no hubiese tomado á su cargo disolverla al saber que

Terán había disuelto el Congreso. Los Vocales, entre los que se contaba el General Muñíz, fueron llevados presos por Anaya, de la hacienda de Santa Efigenia, á Ario, con cuya medida se creyó que Rayón, el "Ministro universal de las cuatro causas," como se llamaba, recobraría su poder, pero se equivocaron los que tal creyeron, pues varios Comandantes, penetrados de la necesidad de que hubiese un centro directivo, se reunieron, á instigaciones de Don José María Vargas, y formaron en Uruápan una nueva Junta, integrada por el mismo Vargas, Don Remigio Yarza, antiguo Secretario de la de Zitácuaro, el Mariscal Don Víctor Rosales, el Presbítero Don José Antonio Torres, el abogado Isasaga, Don Manuel Amador y el Canónigo San Martín; empezó á funcionar en Marzo de 1816 y es más conocida con el nombre de Junta de Jaujilla, por haberse ido á radicar á ese islote de la laguna de Tzacapu, que se creía inexpugnable. A poco tiempo fué reorganizada, dejando Rosales de ser Vocal de ella, y con los trescientos hombres que le obedecían se dedicó á hacer incursiones por los límites de la provincia de Guanajuato.

Su adhesión á Rayón, demostrada con el hecho de haber dejado de formar parte á la Junta de Jaujilla, fué premiada con el nombramiento de Comandante militar de Micoacán, empleo que desempeñaba Don

Manuel Muñíz; éste no quedó conforme con haber sido desposeído y aunque reclamó no se le hizo caso ni él tuvo esperanza de que Rayón ó Anaya, que estaban en malas condiciones, escuchasen sus quejas, por lo que decidió indultarse, como lo hizo, en Mayo de 1817. Inmediatamente fué destinado, como era sistema en el Gobierno colonial, á perseguir á sus antiguos compañeros de armas; Rosales, comprendiendo que él podía ser la primera víctima del ex-insurgente, se dedicó á perseguirlo con actividad; Muñíz. viéndose en peligro, pidió auxilio á Barragán, quien rápidamente se dirigió á Tacámbaro, y unido con aquél, que le servía de guía, sorprendieron á Rosales en el rancho de La Campana, en los últimos días de Mayo. Resuelto á vender cara su vida, se encerró en la casa y mató á varios dragones; al fin, forzadas las puertas, el Cabo Ignacio Peña se abrazó á él y Rosales cayó acribillado á sablazos; Barragán al rendir el parte de la jornada, dijo al Virrey: "el indultado Don Manuel Muñíz hizo prodigios de valor." A aquél jefe se le concedió la Cruz de Isabel la Católica.

El año de 1824 fué declarado Don Víctor Rosales benemérito de la patria en grado heróico, y se mandó inscribir su nombre con letras de oro en el salón del Congreso, y recoger sus restos; por decreto de la Legislatura michoacanense, de 4 de Marzo de

1858, Ario se llamó desde entonces "de Rosales." Ante el Congreso constituyente, Don Carlos María de Bustamante pidió una pensión para la familia del héroe, alegando las malas circunstancias en que se encontraba. A propósito de esta familia, en la biografía áque hicimos alusión al principio de ésta, vemos que se componía de su esposa, Doña María Elena Gordoa, que murió en 19 de Marzo de 1814, al dar á luz su segundo hijo, José, cuando huía de los realistas, que habían ocupado Zacatecas. Los hermanos de Don Víctor fueron: Don Francisco, Administrador de una hacienda, y que hecho prisionero en la de Illueca por el español Gallopen, fué fusilado el año de 1812; Don Fulgencio, dueño de un obraje en León, que fué herido en la batalla de las Cruces; hecho prisionero en Aculco, fué colgado y fusilado, en venganza de haberse apoderado de las banderas del Cuerpo de Tres Villas y del de Milicias de México; su hija, Doña María Ricarda Rosales, fué hecha prisionera en la acción del Maguey, (Octubre de 1814), cuidando de su pequeñísimo primo José, (hijo de Don Víctor) y llevada á México, presa en las cárceles de la Inquisición, de las que se fugó, con el auxilio de Doña Leona Vicario; murió en San Gregorio. El tercer hermano de Don Víctor Rosales se llamó Don Vicente y murió á manos de los realistas en la acción de Purépero;

por último, Don Sotero, hermano de los anteriores, fué labrador en la sierra de Amoles, y también trabajó por la Independencia.

DON RAMON RAYON.

Hermano menor del conocido Don Ignacio López Rayón, fué este valiente insurgente superior en conocimientos miltares, á su hermano, el cual muchas veces se guió en la campaña por sus consejos.

Nació en Tlalpujahua, el 31 de Agosto de 1775, del matrimonio de Don Andrés López Rayón con Doña Rafaela López Aguado, y después de hacer sus primeros estudios en su tierra natal, vino á México con su hermano para seguir una carrera, pero el éxito desgraciado que tuvo en sus comienzos lo decidieron á dejar las letras y á dedicarse al comercio, en lo cual lo ayudó su familia hasta que consiguió tener un pequeño "cajón" ó tienda de ropa en el Parián. Dedicado á esa ocupación estaba, cuando estalló la revolución de Dolores, en la que casi desde los primeros días tomaron par-